

¿DÓNDE AHÍNCA LA RAÍZ DE MIS RECUERDOS?

Verme, claramente, me veo vestida de luto, tan pequeña que no llegaba con la barbilla a la tabla de la mesa del comedor. Recuerdo bien mi sombrerito de seda negra, con una cinta que me lo ataba al cuello, y con mucha fijeza, el martirio a que mi madre me sometía metiéndome las manos gordezuelas en los guantes de punto, y nítidamente, el orgullo con que el día en que los estrené los puse en mis manos extendidas ante los ojos de los amigos de la casa, para que los admirasen...

En esa época me parecía sentir como una sombra imprecisa que había existido en mi vida un caballero alto, con barba oscura, y unía siempre a ese recuerdo un libro de estampas...

Mi madre insistía mucho sobre este recuerdo, que ella deseaba mantener en mí, aunque yo notaba que poco a poco se me iba borrando aquella figura, y concluí por hablar de ello maquinalmente cuando me preguntaban, como si fuera una cosa aprendida y que no tenía ya huella en mi mente.

Más tarde supe que el caballero de la barba debía ser mi padre, muerto cuando yo tenía dieciséis meses de edad. La visión de mi traje negro y los guantes debe remontarse, pues, a aquel tiempo, o tal vez algo después, aunque sé que a médicos y profesores llamó siempre la atención la distancia extraordinaria a que alcanzaban mis recuerdos de infancia, cuando yo era una niña gorda, blanca y rubia, de ojos grandes y azules «como los de las muñecas». Esto de mis ojos lo estaba oyendo decir a cada momento a todos los que me veían, y lo de que era gorda lo escuchaba algo impacientemente a mi abuela, que se desesperaba teniendo que tejerme los calcetines ella misma a punto

de aguja, porque no los encontraban tan anchos de medida como los precisaban mis pantorrillas...

Mi hermana, en cambio, era muy pequeña y muy delgadita. Tenía un año menos que yo, y la recuerdo envuelta en ropas largas, que cuando se abrían dejaban al descubierto sus pies diminutos, color de rosa y sin zapatos, detalle que me llenaba de admiración.

Poco a poco mis recuerdos se acentúan, acumulándose en la primera infancia, de la que conservo detalles innúmeros. Entre los amigos de que primero hago memoria hay un señor joven, de barba muy rubia, con el cabello plateado sobre las sienes y los ojos azules. Este señor era director de un periódico de mi país, y había sido muy amigo de mi padre, según me decían. Venía a casa con cierta frecuencia, y siempre con dos o tres señores elegantes, que a mí me parecían de gran autoridad, que me tomaban en sus brazos, pasándome de mano en mano, haciéndome preguntas y quitándome el cabello de sobre la frente, exclamando:

—¡Es la misma cara! ¡Cómo *se le* parece! ¡Qué lástima que esta criatura no haya sido varón!...

Un día me llevaron al Ateneo, y me enseñaron muchos retratos, que había colgados de las paredes, de señores muy serios, con trajes antiguos y uniformes muy raros.

El periodista me preguntó:

—¿Cuál de éstos es tu papá? —y yo, levantando mi mano, señalé el retrato de un señor de barba...

Entonces me tomaron en brazos, me besaron mucho, y el periodista sacó el pañuelo y se lo pasó por la cara como si llorase.

Yo puedo decir ahora que no sé absolutamente por qué señalé aquel cuadro, pues ya no recuerdo cómo era mi padre, y además era aquél un retrato muy malo, hecho por un aficionado del pueblo. Pero es de suponer que alguna sugerencia levantó en mí aquella figura pintada, o que en algún sentido la uní, tal vez inconscientemente, a mi ya muerta remembranza del caballero y el libro de estampas.

Al regresar a casa, los señores aquellos le dijeron a mi madre que yo tenía un talento asombroso, repitiendo nuevamente en distintos tonos «¡que era una gran lástima que yo no fuese varón!...».

Por entonces cumplí cinco años. Tengo que hacer notar la circunstancia de que aquellos señores y otros que también fueron amigos y admiradores de mi padre, al visitarnos o encontrarnos en la calle, no se preocupaban lo más mínimo de mi hermana, contentándose con darle unos golpecitos en la cara y sin que al parecer les diera lástima ninguna «el que ella no hubiera sido varón...».

En cambio, yo estaba muy orgullosa con mi parecido, con mi frente tan ancha, «igual a la de él», que inducía a los amigos a regalarme y mimarme más...

También me iba penetrando poco a poco «de que yo tenía mucho talento», cosa que ya no me satisfacía tanto, pues aunque no sabía en lo que consistía ni lo que significaba, servía sin duda, por lo pronto, para que mi madre me lo recordase continuamente, mezclándolo con enojosas reprimendas:

—¡Parece mentira que una niña de talento como tú se ensucie con tanta frecuencia los vestidos!...

—¡Es inconcebible que una niña que tiene tu talento le quite los juguetes a su hermanita!

Y otras veces con admiración desesperada:

—Pero ¿es posible que una niña de talento esté siempre chupándose el dedo?...

Y muchas mañanas me acercaba anhelante al espejo, a fin de descubrir aquella molesta signatura y arrancarla de mí...

MI PADRE HABÍA SIDO UN HOMBRE CÉLEBRE EN MI PAÍS

Catedrático y escritor, poseía conocimientos enciclopédicos y era considerado por todos como un sabio. Se había casado con mi madre cuando ésta tenía diecisiete años y él veinticinco. Al año de casados nació yo, y mi hermano, dieciséis meses después, quedándose viuda mi madre a los diecisiete días de nacer su última hija: del 2 de febrero al 19.

Comían mis padres casi del pan de la boda cuando sucedió la catástrofe. Una enfermedad rapidísima se lo llevó, y mi madre nos decía siempre, teniéndonos a las dos sobre las rodillas:

—Cuando se abrazó a mí después del vómito de sangre me dijo estas palabras, que nunca olvidaré: «¡Amor mío, esto se acaba!» Y resbaló lentamente hasta el suelo, muerto...

Yo escuché este relato innumeradas veces y siempre con el corazón oprimido y los ojos llenos de lágrimas, sintiendo cómo nuestra madre, sollozante, nos abrazaba a las dos estrechamente...

¡Cuánto nos amaba! La recuerdo entonces tan joven que parecía una niña, con sus ojos verde pálido y el cabello peinado sobre la frente, como los retratos que representaban a María Estuardo. Nos enseñaba a leer a las dos al mismo tiempo, con el libro abierto sobre las rodillas; pero yo aprendía todo en más breve espacio de tiempo que mi hermana, y en tanto yo escribía casi correctamente, ella se entretenía haciéndome tinteritos sobre el papel, para que mojase allí mi pluma...

No nos parecíamos en nada mi hermana y yo. Mientras yo era gruesa y fuerte, blanca y colorada como una muchacha alemana, mi hermanita era pequeña de estatura, pálida y débil como un bibelot japonés. Yo tenía los ojos azules; mi hermana, negros. Mi cabello era claro, largo y abundante, peinándolo mi madre cuidadosamente en una gruesa trenza, para soltarlo «en manto» sobre mi espalda los domingos, al asistir a la misa mayor... Y la cabeza de mi hermana lucía una corona de tirabuzones color caoba, de cabello tan fino que semejaban rizos de seda...

De caracteres éramos aún más diferentes. Mi hermana era muy inteligente, pero una inteligencia de lento desenvolvimiento y de poca aparatosidad. Tenía el carácter reservado, y de tan seria llegaba a parecer triste. Sin embargo, con el tiempo pudo convertirse en una gran humorista, delicada y sutil, en forma que decía las cosas más graciosas tan seriamente que pocos eran, y sólo los muy listos, los que caían en el fondo de su malicia fina y velada. Por lo demás, eran tan buena, tal dulce y tan comprensiva que aún hoy, al recordarla —y murió hace años—, noto el vacío tan profundo que hizo su desaparición a mi alrededor...

Tampoco nos parecíamos en el modo de ser ni de pensar. Yo era vehemente, alegre como una campaña en manos de monaguillo travieso y estallante de vida y de impetuosidad. Los amigos trataban a mi hermana con reserva y a mí con adoración, y mientras ante ella pasaban haciéndole una débil caricia, conmigo se encantaban y me comían a besos y demostraciones.

Desde muy pequeña tuve amigos de toda edad, sexo y condición. Viejos, niños, ricos y pobres conocían y adoraban a la muchachita rosada y alegre, que para todo el mundo tenía –sintiéndolo o no– una palabra de afecto.

Y digo sintiéndolo o no, porque una de las cosas de las que no estoy muy segura es que a mí me gustasen todas las personas, y he llegado a creer que me parecía penoso quedarme seria ante ellas; algo así como un «compromiso tácito» en el que yo me creía complicada y que me obligaba a «ser amiga» de gente que maldito lo que me gusta, y muchas veces me desagradaba...